

CONTAR UNA VIDA

Por Francisco López Estrada

No sé cómo comenzar las páginas que han de seguir¹. Y lo digo porque he de intentar ser fiel a una espontaneidad de otro orden de la que suelo usar. Y para esto he de confesar, al principio de la narración, que he escrito muchas páginas. Llevo años redactando temas que se refieren a la Literatura, en el más amplio sentido de la palabra. He sido, durante mi vida, y ya es larga, profesor de Literatura en la Universidad hasta mi jubilación. Y después he seguido trabajando con libros y artículos según me ha permitido el ritmo de los últimos años.

Pero el objeto de este escrito es de otra naturaleza. Incluye, desde luego, noticias sobre mis publicaciones en la medida que creo necesaria, pero mi propósito es más personal, más espontáneo, más sincero, más comunicativo: contar la realidad procedente de mi experiencia, cómo me he manifestado en relación con los demás, y conmigo mismo también. ¿Cómo denominar este propósito mío? Varias formas me servirían para reunir lo que he vivido. Así los *diarios*, anotaciones de lo que nos ha ocurrido durante el día; o las *memorias*, título de rango decimonónico, un tanto romántico; o las *confesiones*, de valor psicológico y confidencial, y hasta religioso. Pero yo quisiera que se leyesen estas páginas como un testimonio, el mío, y también el de los que han convivido conmigo.

¹Agradezco al profesor Amancio Labandeira, director de los *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, y querido compañero durante mis años de docencia en el Departamento de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid, la infinita amabilidad que ha tenido conmigo para que en las páginas de su revista vean la luz estas reflexiones sobre mi vida académica e investigadora. Extiendo mi gratitud, del mismo modo, a los profesores Ángel Gómez Moreno y Javier Huerta Calvo, y a quienes les han ayudado en la recopilación de la Bibliografía que cierra estas páginas: Rafael Martín Martínez, Raquel García Pascual, Elena Palacios Gutiérrez, Javier Cuesta Guadaño y Ramón Martínez Rodríguez.

Le di forma escrita por haberme quedado solo. Y con la soledad me viene el recuerdo de la compañía de los otros, de algunos que para mí eran necesarios, y ya no los tengo a mi lado.

ESTO NO ES UNA BIOGRAFÍA

Por otra parte, esto no es una biografía que sirva sólo de información sobre mi vida o un aspecto de ella. La sucesión de los hechos que cuento no es lineal. No se trata tampoco de reunir una bibliografía, ordenada con un criterio determinado. Esto lo he realizado ya, como he dicho. Publiqué muchos libros y artículos; la bibliografía propia me parece una realidad tan mía como mi sombra. Cada libro y cada artículo lo escribí en una ocasión determinada. Este trabajo me llevó tiempo y me costó lo mío, y con él hice lo que podía esperarse de mí.

Considero estas obras como la realidad más cabal de lo que he hecho. Son, en primer lugar, el resultado de mis actividades docentes. Yo he sido, mejor o peor, un profesor universitario. Una lista de lo que hice en la docencia es también fácil de establecer: basta con ordenar los papeles administrativos que me acompañaron en mi vida académica. Y con la relación de mis actividades universitarias y mi bibliografía reuniría mi currículum.

Ahora ya no hablo en público, ni en lecciones ni en conferencias, pues los años que tengo me han quitado la soltura necesaria para ello, y me lo impiden. Sigo escribiendo lo que quiero expresar; entiendo que de una manera más o menos clara o, por lo menos, así lo intento.

He limitado los nombres de las personas y sus referencias a lo necesario para mantener el sentido del conjunto. Han sido muchos a los que he tratado en los diversos lugares en que he vivido, en España y fuera de ella, solo o en compañía de mi mujer María Teresa.

EL COMIENZO

Nací en Barcelona el 28 de mayo de 1918. Mi madre procedía de la provincia de Lérida, y mi padre, de la ciudad de Almería. Fue poco el tiempo que viví en Barcelona, pues pronto nos trasladamos a Valencia, luego a Sevilla y después a Madrid. Mi padre era representante de una fábrica de apósitos, algodón y gasa hidrófilos, y después, de diversos laboratorios. Esto le obligaba a frecuentes viajes, y cambiamos varias veces de domicilio. Nuestra madre organizaba en ellos, y siempre de una manera cordial, la vida de nuestra familia. Éramos tres hermanos: yo, el mayor en edad, mi hermana y otro, menor.

Mi padre era muy aficionado a las lecturas, y también a escribir, y recibíamos con frecuencia sus cartas, que contestaba puntualmente mi madre; nuestra rela-

ción familiar con él era, por tanto, muchas veces escrita. Cuando regresaba a casa, hablábamos con él en castellano, mientras que, con nuestra madre, siempre lo hacíamos en catalán. Nunca tuvimos dificultad en esto, pues a veces comenzábamos en catalán dirigiéndonos a nuestra madre, y terminábamos en castellano, si el asunto iba también con él.

Recuerdo una anécdota a este propósito. Después de acabada la Guerra Civil en 1940, iba yo con mi madre paseando por los bulevares de Alberto Aguilera, hablando con ella en catalán, como era nuestra costumbre. Vestía yo el uniforme de soldado, pues, como los de mi quinta, había pasado al ejército de Franco hacía poco; y un comandante, que nos había oído al pasar por nuestro lado, me paró y me puso en la posición de firme, y a voces me dijo a mí (que me pasaba los días y parte de las noches estudiando Filología), que todos debíamos hablar en español, siempre y bien, y olvidar los dialectos “para mayor gloria del Imperio”, y que no me arrestaba porque iba con una señora. Se fue, y mi madre, sin hacer caso de lo ocurrido, en cuanto estuvo un poco lejos, continuó hablándome en catalán. El bilingüismo era una realidad en el lenguaje de bastantes familias españolas.

LA FORMACIÓN: EL HOMBRE PROPONE Y LA GUERRA CIVIL DISPONE

Me eduqué en colegios privados y religiosos hasta que comencé el Bachillerato. Lo cursé en los Institutos de Valencia, Sevilla y en el de Lope de Vega, de Madrid. Tengo buenos recuerdos de los profesores que enseñaron en la década de los treinta. Sobre todo, de don Antonio Regalado y González, que explicaba Literatura española. Él me dio, en Sevilla y en Madrid, una buena base en esta materia, por la que siempre había sentido inclinación. Era yo sueltecillo en hablar y en escribir el castellano, pero no puedo decir lo mismo del catalán, que yo tenía sólo por lengua de mi casa, fuera de las ocasiones en que nos encontrábamos con otros catalanes residentes en Sevilla o Madrid. Aquí, en la capital, acabaron por fijar mis padres nuestra residencia definitiva.

Mi afición por la literatura crecía, aunque también sentía las ciencias como algo cercano. Ramón Gómez de la Serna era entonces uno de mis escritores favoritos. Lo imité en algunos artículos que yo escribía, procurando que fuesen parecidos a los suyos. Leí muchas novelas españolas y otras traducidas en una colección llamada “Novelas y Cuentos”. Cada sábado esperaba a que saliera un nuevo número para leer la que publicaría, y luego pasé a colecciones de más enjundia literaria. Mi padre, en sus viajes en el tren, también leía las novelas que le resultaban más distraídas, pero no las guardaba. Ya orientado después por los profesores, leí las obras de la generación del 27, y a los autores que entonces eran actualidad, por ser los más comentados en las reseñas de los periódicos y revistas lite-

rarias de la época. La asistencia a las representaciones me dio una cierta experiencia del teatro como espectáculo. Y el cine —especialmente, el realizado por los buenos directores de entonces— también me atrajo. La música de concierto me llegó un poco más tarde, por obra de mi voluntad cultural y el ejemplo de algunos amigos.

No estaba, sin embargo, seguro de que la Literatura fuese mi camino profesional, como luego lo fue. Mi madre procedía de una familia de agricultores, y desde niño, hasta 1936, los veranos los pasábamos en la casa de los abuelos maternos, que luego heredó mi tío. Mi primer propósito fue orientarme hacia los estudios de perito o de ingeniero agrónomo: tenía afición al campo, una buena preparación de Bachillerato en Matemáticas y en Ciencias Naturales, y en una asignatura, que entonces formaba parte de los Estudios Medios y que se titulaba “Agricultura”, había obtenido la nota de sobresaliente. Desde niño, mi abuelo materno me puso una escopeta en las manos; él y mi tío me enseñaron a cazar, y a los catorce o quince años era un buen seguidor de piezas menores (conejos, unas pocas liebres, algunas perdices). La salud del ejercicio me acompañó entonces, compensando el poco que realizaba durante el invierno con los estudios. Más adelante, cuando colgué la escopeta, me limitaba a pasear por el campo, y a sorprender, inerme, a las piezas, que escapaban en vuelo, gozosas ellas y yo.

Acabé pronto el Bachillerato, a los dieciséis años, y no sabía qué hacer. La experiencia de mis amigos y conocidos era que sólo se lograba ingresar en la Escuela de Agrónomos a los dieciocho años, tras asistir a las academias de preparación. Propuse a mi padre que me matriculase en Madrid en el primer año de la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria, y él aceptó. Eran entonces estudios que tenían cierto renombre entre los alumnos, que, como yo, habían acabado los estudios secundarios. Además, la Facultad quedaba cerca de la casa en donde vivíamos. Si estudiaba un año allí, crecería mi base cultural y completaría mi formación en Letras en un centro de prestigio. Así que me matriculé en dicha Facultad, y comencé a ampliar mis conocimientos en esa temprana vida estudiantil.

Recuerdo en ese curso, sobre todo, al profesor de Literatura don José Fernández Montesinos, que acabó por afirmar mi afición a las Letras, con lo que la agronomía iba quedando a un lado, cada vez menos firme. El caso fue que aprobé en junio de 1936 con una buena puntuación las asignaturas que constituían el primer escalón de los tres que tenía el conjunto de aquellos peculiares estudios de Letras.

En aquel junio de 1936 tenía los dieciocho años recién cumplidos, y no intuía lo que iba a ocurrir aquel verano. Mi experiencia de la situación social era escasa, pues me había dedicado al estudio, y sólo tenía compañeros que, como yo, éramos buenos alumnos que no hacían caso de los que interrumpían las clases por motivos políticos.

Lo que le sucedió a nuestra familia es un ejemplo de lo que les pasó a muchas otras. En junio, mi padre, como siempre, nos llevó a mi madre y a mis hermanos a Ametlla de Balaguer en nuestro automóvil, que para él era entonces un medio de trabajo que había sustituido al tren. Mi madre aguardaba los dos meses en que podría darnos buena y sana comida campesina, y nosotros, los hijos, tendríamos allí lo de otros veranos: mi hermano, sus amigos y sus juegos; mi hermana, los entretenimientos de los quince años que tenía entonces; y yo, la ocasión de leer los libros elegidos para la temporada y de intentar escribir lo que se me ocurriese, y cazar por las tardes. Mi padre nos dejó allí, y se fue a preparar el orden de las visitas que en el otoño haría a sus clientes en clínicas y centros farmacéuticos.

Mi familia, en ese verano de 1936 y el tiempo inmediato que le sucedió, se encontró con la dura realidad de la Guerra Civil, y no pudimos regresar a nuestro domicilio habitual en Madrid, pues este había quedado en la zona límite de la ciudad, en las mismas trincheras de la Ciudad Universitaria que dividían a los combatientes. Así pues, tuvimos que quedarnos en el pueblo de Ametlla con mi tío, que nos acogió familiarmente. Aquel era un lugar de apenas cincuenta habitantes, gente de campo. Mi padre esperaba una pronta solución del conflicto, que no llegaba, y no podía hacer nada allí, ni tenía con quien tratar de sus negocios. Entonces nos requisaron el automóvil, como era frecuente en aquella época, y mi padre decidió irse a Barcelona, en parte también porque a mí me movilizaron en aquella ciudad con sólo dieciocho años. Me declararon soldado de servicios auxiliares, y en la misma Barcelona quedé como perteneciente a unas oficinas militares de la ciudad. Allí pasé la casi totalidad de la Guerra Civil, hasta que las fuerzas de Franco entraron en la ciudad.

Después de un examen de la situación personal de los soldados que, como yo, habían quedado en la ciudad, el Ejército Nacional me incorporó otra vez al servicio militar. Esta vez fue como soldado de servicio activo, y fui destinado a un regimiento de Medina del Campo. Como el estado físico de los soldados, después de haber pasado los años de la Guerra en Barcelona, no era muy satisfactorio, cuando llegamos al cuartel nos quisieron reforzar el cuerpo con inyecciones de calcio, y tuve la desgracia de que una de las que me pusieron estaba en mal estado o la aguja infectada. Caí enfermo de cierta consideración, y me ingresaron en el Hospital Militar. Permanecí cinco meses en cama, tendido y sin poder moverme, con una pierna inutilizada, y en el transcurso de ese tiempo se acabó la Guerra Española. Mi familia logró entonces regresar a nuestra casa de Madrid, que, por fortuna, estaba aún intacta; y, por fin, lograron visitarme en el Hospital de Medina. Cuando comenzaba a andar con ayuda de bastones, vino una disposición del Ejército por la cual se concedía permiso a los soldados que eran estudiantes universitarios desde antes de la Guerra. La razón era que con esto se les permitiría acabar la carrera a los que ya la habían comenzado. Pedí este permiso y seguí, año tras año, mis estudios.

Mientras tanto, tuvimos también una penosa experiencia. Mi padre estaba ocupado en sus negocios, y yo lo veía de vez en cuando, mientras iba acabando los cursos en la Universidad Central de Madrid. Pero una inesperada orden, consecuencia de una denuncia malintencionada, como ocurría con frecuencia entonces, lo arrestó durante unos meses. Con la ayuda de buenos amigos, supimos que era por causa de un expediente en Lérida. Allí mostramos al juez designado quién era nuestro padre y su condición social, y fue liberado. Gracias a su buena voluntad y a sus ánimos, mi padre se repuso pronto de esta incidencia y continuó sus viajes de negocios farmacéuticos, que era lo suyo. Después abrió en Madrid un almacén de materiales de farmacia, que permitió vivir con holgura a la familia; con ello, pude dedicarme a los estudios superiores en la Facultad que tenía comenzados y que continué hasta su fin.

Cuando terminé mi preparación, entré en la Universidad Central de Madrid primero como profesor ayudante; después, en los diferentes grados de la enseñanza, continué ejercitándome en las materias que me iban asegurando la formación. Y así, reuniendo la práctica de las clases en la Facultad y el estudio de la teoría, logré la preparación necesaria para aprobar la oposición de una cátedra de Literatura Española. En esos años, mi hermano también acabó sus estudios de Farmacia, y marchó a regentar una oficina farmacéutica en lo que eran entonces las posesiones españolas en Africa. Luego se vino a Madrid, en donde abrió una farmacia de su propiedad.

MI FORMACIÓN COMO PROFESOR

Durante esos años, a la vez que daba clases como profesor en la Facultad de Madrid, publiqué un gran número de reseñas y notas en la *Revista de Filología Española* y otras, y algunos libros. Así iba conociendo los estudios filológicos y literarios en España y en otros países con los que entonces manteníamos relaciones universitarias. Con los cursos que explicaba, crecía mi experiencia como profesor. Proseguía la lectura de artículos y libros en francés, italiano e inglés, lenguas que apenas podía practicar oralmente. Los viajes al extranjero apenas eran posibles entonces: primero, por cuestiones económicas, pero además porque el logro de un pasaporte y el correspondiente visado era un asunto difícil. No tenía a nadie fuera de España que amparase mi salida, y la relación con los profesores de la “otra” España, en su mayor parte emigrados, era cuestión de conocimiento personal, y no tenía aún ninguno. Nos superaban por su edad y por su experiencia en los estudios, pues nosotros éramos aún muy jóvenes. Yo no los consideraba de “otra” España, sino tan de la mía como aquellos con los que aquí convivía como compañeros y me relacionaba en la Universidad.

Me procuraba los libros del Fondo de Cultura Económica, que a veces eran

carillos para mí, que apenas comenzaba; y también hacía lo posible por leer cuanto de crítica filológica habían publicado Vossler, Spitzer, Curtius y otros maestros, cuyas teorías consideraba en lo que pudieran valerme para comprender mejor a nuestros autores medievales, clásicos y modernos. Cuando llegué, después de la oposición, a las universidades en que comencé a dar clases, las de La Laguna y Sevilla, explicaba mis asignaturas en los cursos llamados “comunes”. La cátedra que me tocó ejercer se titulaba “Lengua Española y Literatura Española en sus relaciones con la Universal”, enunciado de gran extensión por referirse a la totalidad de la asignatura.

En este tiempo de iniciación, entré en contacto con Ramón Menéndez Pidal en su casa de Chamartín, donde me recibió con palabras amables y estimulantes. Aprendí la ciencia filológica y el método en las clases de Dámaso Alonso, pues primero fui su alumno, y luego asistí a sus conferencias y a cuantos actos organizaba. Me considero su discípulo. Luego lo tuve por amigo y siempre por maestro hasta su muerte. Leí con admiración a Marcel Bataillon, el primer profesor extranjero con el que entablé relación y amistad correspondidas. Como la mayor parte de mis compañeros que iniciaban su preparación en la enseñanza, iba a mi aire, por libre, en la medida en que esto era posible entonces, y lo prueban los variados títulos de mis publicaciones en este primer periodo de mi preparación. Aseguraba mis conocimientos en la Biblioteca Nacional, que era como mi casa espiritual, y de la que, desde 1940 hasta bastantes años después, creo haber sido uno de sus más asiduos visitantes, y en la del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en la calle del Duque de Medinaceli, entonces número 4, la más conveniente desde el punto de vista erudito y profesional.

EL ENCUENTRO CON MARÍA TERESA, MI MUJER, Y LA FORMACIÓN DE NUESTRA FAMILIA

En mis primeros tiempos de profesor en la Universidad, tenía gran relación con mis alumnos, que eran casi de mi misma edad. Algunos de ellos, al poco tiempo, se convirtieron en mis amigos. Mis conocimientos del francés, italiano, portugués e inglés crecían, más en la traducción que en su uso hablado, como he dicho, pero el alemán era una lengua que se me hacía difícil. Procuré que alguien me ayudase cuando tenía que traducir algo de esta lengua. Y así conocí e hice amistad con dos estudiantes, María Teresa García-Berdoy Regel y Marisol Carrasco Urgoiti. La segunda, al acabar la carrera, se fue a los Estados Unidos con su madre, y allí continuó realizando estudios de lengua y literatura españolas con disciplina y brillantez. María Teresa utilizaba el alemán como lengua familiar, junto con el español, y Marisol, el inglés. Las dos eran amigas, e iban juntas a las clases con la alegría que las caracterizaba, que para mí era un descanso en la pre-

paración de la oposición a cátedra. No importaba que sus segundas lenguas fueran diferentes, como sus orígenes; la primera era una andaluza, con el habla de su tierra irreprochable en su versión dialectal, y la segunda, una castellana de Madrid, con el habla castiza y académica en unidad perfecta.

Confiaba en María Teresa cuando necesitaba traducir algo del alemán. En más de una ocasión, una vez terminada la ayuda que le pedía, salíamos juntos de la Facultad, y continuaba mis conversaciones con ella. Así nació entre los dos una amistad, que prosiguió en una relación más frecuente y estrecha. La visitaba en su casa, donde conocí a su madre y a su familia. La madre, que se llamaba Tecla, me acogió muy cordial y familiarmente. Ellos habitaban en Antequera, y disponían de un piso en Madrid, en donde sus hijos seguían sus estudios. La amistad creció entre nosotros, y María Teresa y yo nos convertimos en lo que entonces se llamaba novios. Yo fui aceptado como tal en su piso de Madrid por su familia, y ella por la mía.

Como decía, yo seguía mi preparación de la oposición para la cátedra mientras continuaba dando clases como profesor auxiliar en la Universidad Central. Con el tiempo, tuve ocasión de hacer los ejercicios estatuidos, y obtuve la cátedra del título largo y decimonónico que he citado, que me obligaba a conocer toda la lengua española y su literatura con su prolongación universal. La cátedra era la de la Universidad de La Laguna (Islas Canarias).

Pronto nos casamos María Teresa y yo en Antequera, la ciudad donde vivía ella, y desde allí, cuando empezó el curso, nos fuimos a La Laguna en un barco, al que sólo se podía llamar navío trasatlántico porque atravesaba un espacio de ese océano. Nunca me importó ir de un lugar a otro, y siempre fue para mí una experiencia grata vivir en una nueva ciudad universitaria. Residimos en La Laguna dos cursos, tuvimos el primer hijo —una experiencia inigualable para un matrimonio reciente y que vivía lejos de los padres—, al que sacábamos a pasear por caminos cercanos a la Universidad, en la delicia del clima y paisaje canarios.

Salió a concurso de traslados la plaza de mi asignatura en Sevilla; la pedí y me la concedieron, y allí mi mujer y yo echamos las raíces de nuestra existencia. Así pues, todos mis hijos hablan hoy andaluz, de manera que siempre lo he escuchado de ellos y me ha empapado el alma a través de los oídos. Nuestra familia creció en número, tuvimos cuatro hijos, y su educación nos tuvo pendientes de ellos, a mi mujer y a mí, hasta que se casaron, y cada uno de ellos fue a correr su propia suerte, y nosotros nos quedamos solos.

Mi ocupación de profesor se califica de sedentaria, pero el ejercicio de la misma nos llevó a mi mujer y a mí a muchos lugares, pues, siempre que le era posible, viajaba conmigo. Hemos recorrido las principales ciudades europeas, y visitado América desde el Canadá hasta la República Argentina. En el Asia Menor, hemos llegado hasta el Uzbekistán, a Samarcanda, pues mi temprana tesis doctoral fue sobre Ruy González de Clavijo, el viajero español que, de 1403 a

1406, visitó a Tamorlán en esa misma ciudad. He publicado varias ediciones del relato, unas sobre el texto medieval, y otra, recientemente, en 2004, con un estudio y la versión al castellano moderno, para que pueda conocer su contenido el público que no lee el medieval. Esta tesis despertó mi afición por la literatura medieval de viajes, una de mis especialidades. Los amigos y compañeros que hemos tenido en muchos lugares del mundo, casi todos profesores como yo, son testimonio de esta vocación, yo diría que universal, de nuestra profesión.

LOS AÑOS SEVILLANOS

La mayor parte —y la decisiva— de mi vida universitaria la pasamos en Sevilla. Cuando llegué, en 1944, el ritmo de las actividades universitarias era el propio de la época y el lugar. Las Humanidades estaban representadas allí por una Facultad de Geografía e Historia, radicada en la ciudad desde hacía tiempo, con una especialidad en Historia General y otra en Historia de América. Los estudios de la cátedra que yo explicaba se daban en los cursos comunes (es decir, de preparación general y previa a la especialidad), y además tenía un curso de Literatura Hispanoamericana. El número de alumnos, en los primeros cursos que di, era de diez a veinte en los comunes, y de tres a cinco en los de especialidad. Dábamos las clases en el edificio universitario de la calle Laraña, en el patio central, y en otro, pequeño, interior, que había descrito Cernuda en su libro de poesías *Ocnos*.

En el medio intelectual sevillano comencé una labor orientada en dos sentidos: hacia fuera, prosiguiendo mis relaciones con otros estudiosos de España, Europa y América, y hacia dentro, en relación con lo que se hacía en Sevilla y Andalucía, Antequera, en especial.

Si cabe emplear el término de política cultural, la mía consistió en establecer relación con cuantos habían representado un desarrollo de la Filología española. El grupo más importante que había quedado era el de Menéndez Pidal, desarticulado entonces, como algunas otras instituciones. Mi criterio era que lo que se hiciese en la cátedra había de ser propio y común con lo que se hiciese dentro y fuera de España. Dentro estábamos Dámaso Alonso, entonces mi maestro, y otros profesores, Emilio García Gómez, José Antonio Maravall, Pedro Laín Entralgo, y muy cerca, en la misma Sevilla, Ramón Carande y Juan de Mata Carriazo. Y también estaba la labor de los jóvenes que habíamos ingresado después, y que trabajábamos en las distintas cátedras en las mismas materias. Y fuera, los profesores extranjeros y los españoles que residían fuera. Me negué a creer en la existencia de dos Españas de trabajo intelectual, y en mis relaciones con unos y otros procuraba que fuera una sola y la misma.

La ciudad de Sevilla me ayudó mucho en esto, pues otra vez, en su larga his-

toria, actuó como reclamo. Poco a poco, comenzaron a venir a Sevilla profesores de muchos lugares. Les atraía la ciudad y su complejo pasado, que cada uno interpretaba a su manera en un periodo u obra determinados. Alrededor de mí, percibía la gracia de la condición sevillana que iba descubriendo lentamente en los libros y en la realidad de la ciudad que se abría despacio a mi contemplación.

Atraído por este embrujo, yo creo que además de por el curso de sus investigaciones, vino Marcel Bataillon, y pude gozar de su compañía y amistad, junto con la de Juan de Mata Carriazo y la de Ramón Carande, mis conciudadanos. En el Alcázar moraba también Joaquín Romero Murube, con alma como de nardo, punzante como espina de rosal; cuando pasaba por Sevilla algún viajero ilustre en las Letras, nos reunía con él en la casa del Moro. Nos dijo, en cierta ocasión, que el visitante sería Jorge Guillén, que nos leyó su obra *Lugar de Lázaro*.

Como he comentado tantos versos en mi vida, me permitiré la audacia de poner aquí los que escribí en aquella jornada, que sólo puede recordarse también a ritmo de verso. Con ello pretendo algo más difícil y personal que escribir una reseña o establecer la glosa de unos versos desde un punto de vista profesional. Hay una zona en la apreciación crítica que me parece que anima la misma creación. Aquí, lo que pretendo comunicar de alguna manera es la conmoción que sentimos los asistentes a la lectura de Guillén. La voz del poeta mismo, viva por su plenitud poética y por el alma que puso en la recitación, pide el procedimiento inusitado. Y es que a veces la crítica literaria tiene que alzar el vuelo del poema creador. ¡Qué difícil es explicar esto! Resulta que a veces la crítica quiere ser una comprensión tan integral, que se convierte ella misma en intento apurado de un poema.

Este fue uno de esos casos, y cuando traté de dejar testimonio de lo que había sido aquella reunión, sólo el cauce de la poesía interpretativa o exegética se presentó ante el crítico. He aquí el poema nacido al calor del leído por Guillén entonces:

Fue sólo voz en el principio,
pues así comienza todo:
con palabras.
Y el aire, como una arcilla, que las manos del poeta
moldeaban.
Así empezó el Poema, así.
Fue su voz la frontera traspasada,
Y el alma, que se apresta al seguimiento
del Poema —oh, gracia inmerecida.

Es Guillén, que nos cuenta aquí un milagro:
el milagro de Lázaro que ha vuelto,

el silencio de quien supo más que nadie.

El aire de esta tarde de diciembre
queda así, como arcilla moldeada
al compás de las manos del poeta.
Mientras, la voz, al hilo de los versos,
iba contando el hecho, tan sabido,
de Lázaro, ya muerto y sepultado.
El alma, de su cuerpo desprendida,
que sostuvo acá en la tierra,
Allá se fue, y aquí quedaban los despojos.
La muerte, con su filo incontenible,
cortaba hilos de sutil costura.
Ay, las formas que dejan de ser formas.
Ay, el bulto que cede irreparable.
Y la carne, sin la vida palpitante,
sin el árbol caliente de la sangre.

¡Aquí, el milagro! En este punto mismo
se juntan otra vez, y el cuerpo y alma.
Lázaro en pie, Lázaro caminando.

Ya no hay milagro, no; sí lo hubo en tiempos.
Lázaro otra vez, de hombres rodeado.
Hombre también, de vuelta de la muerte...

Y Guillén va contando de este Lázaro
el Poema, cada acento en su punto.

Los jardines se ven, por las ventanas,
ya en sombras, del Alcázar de Sevilla.
La noche, sin apenas darnos cuenta,
de puntillas se entró, como otro oyente,
mientras Lázaro, bíblico y moderno,
revive enaltecido en el Poema.

Los nombres son palomas en la torre,
que se vinieron al caer la tarde.
El árbol que yo veo en la mañana...
El grito de los niños en sus juegos...

—Todo sabido y todo renovado.
 El ritmo del Poema se serena.
 Si allí el milagro fue, aquí vive el misterio.
 El misterio de Lázaro que vive,
 con todos, como todos, cada día,
 El único que volvió. Y que nada dice.

Acabó el Poema, y Guillén calla.
 Las manos quietas, y nos mira a todos.
 Así nos lo entregó con esta gracia
 que sólo al poeta es concedida.

Esto me recuerda el fin de las clases. Como si terminara esta, y yo —o cualquiera que la diera— explicara: —Y no olviden que el poema es palabra dicha, y que ésta tiene que ser oída por alguien.

Una voz dice, entreabriendo alguien la puerta de la clase: —Señor profesor, la hora.

Y siempre nos preguntamos a nosotros mismos, sin decirlo: —¿La hora de qué?

Ya apenas quedan bedeles dadores de horas, ricos en tiempo para repartirlo por las puertas de las clases.

MI ACTIVIDAD EN SEVILLA

En Sevilla entré despacio en relación con los organismos culturales, y así fui descubriendo un aspecto de la ciudad que me atrajo, el que procedía del siglo XVIII, la que me parecía la época menos conocida en nuestro tiempo. Y orienté en este sentido varios trabajos, e hice algunas lecturas y estudios con mis alumnos. Una tesis, que desarrolló Francisco Aguilar Piñal, dio sustanciosas noticias; desde ese momento, quedó ya orientado en este campo para obtener excelentes resultados en tales estudios.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras me recibió el 27 de mayo de 1956, con un discurso sobre el Romancero y la Épica en Antequera. Más tarde, el 1 de marzo de 1965, la Real Academia Española me hizo su correspondiente en Sevilla. Otras varias me nombraron también su correspondiente (las de Barcelona, Córdoba, Jaén, etc.) Me pareció que eran propias para el desarrollo de los estudios locales, y la prueba está en la de Sevilla, que, bajo la dirección actual del profesor Rogelio Reyes Cano, se ha convertido en una institución cultural de primer orden en la ciudad.

Con la Academia enlazan las publicaciones, también locales. Así, en Sevilla

tiene una larga historia la revista *Archivo Hispalense*, y los libros que ha publicado son una aportación importante. Es una labor de muchos años, como lo prueba la publicación de su número centenario. Llevo tiempo trabajando en bibliotecas de Europa y América, y en buen número de ellas la he encontrado. La literatura sevillana fue pródiga en creación durante los Siglos de Oro, y aún queda mucho por conocer, revisar y valorar de manera adecuada. Yo he hecho lo que me ha sido posible en esa labor, como prueba mi *Bibliografía* (1941-2000), en *Sevilla y la literatura*, publicada en un homenaje que me dedicó a Universidad de Sevilla, en 2001, y su complemento. Esta bibliografía es una guía de mis trabajos: en ella, se encuentran los títulos de los libros, artículos y trabajos diversos que realicé en esos y los siguientes años.

ORDEN DE LOS ESTUDIOS

Mis cuatro hijos crecían, y mis publicaciones iban aumentando. Es difícil establecer un orden en los estudios, ya que muchas veces éste no procedía de mi trabajo sino del ritmo de publicación de las editoriales y sus imprentas.

Uno de mis temas preferidos, por entonces, fue el de la literatura pastoril. Como en un principio dije, iba para agrónomo, y aquella representaba una cierta relación con mis aficiones primeras. La literatura pastoril era un capítulo poco estudiado en nuestra literatura, y las referencias que había, de ella y en ella, no estaban al día. En la historia literaria corrían, entonces, vientos favorables a los estudios sobre héroes civiles y religiosos; luego siguió la otra cara de la moneda, más ignorada aún: la literatura sobre la originalidad de la picaresca y la representación de los perseguidos, los moros y los judíos.

De la literatura pastoril, pocos se acordaban, y menos de su función novelesca. El orden pastoril me fue pareciendo complejo e interesante. A través de él, se podía llegar a la Antigüedad con autores que habían mantenido su prestigio y lo acrecentaban en los Siglos de Oro (Virgilio y sus semejantes). Había recommenzado, en el Renacimiento español, con Garcilaso de la Vega, que inició otra rama de la pastoril en nuestra poesía. Y se extendió, con la fuerza de la moda, durante los Siglos de Oro. Esta corriente vino a reunirse con el orden de la novela pastoril, y fue un medio para definir una modalidad del amor que se expandió por la literatura, sobre todo en la prosa que se reunía con el verso. Este era un asunto que me atraía, pues enlazaba con la literatura pastoril un aspecto del que apenas se trataba: el de la difusión de estas obras mediante la compra, pues se deducía de ella el favor que tenían entre el público, factor importante y poco tocado en los estudios.

He publicado varios libros sobre esta literatura pastoril, y numerosos artículos con aspectos parciales de la misma. Comencé por estudiar *La Galatea* de Cervan-

tes con un estudio crítico de la obra publicado en 1948. En 1995 hice, en compañía de mi hija, una edición de esta obra, que repetimos en 1999. También publiqué en 1946 *Los siete libros de la Diana*, a la que siguieron otras cuatro ediciones. Hice lo mismo con la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo en 1988. A través de estas ediciones, he tenido ocasión de estudiar a fondo las obras y el género literario correspondiente, que fue al que he dedicado más atención.

Desde 1940, me había interesado por los estudios literarios, y había ido creciendo en mí la atracción por la teoría literaria. Pero esto no impidió que me diese cuenta de lo necesaria que era una base positiva para la fijación de los textos y en el establecimiento de la bibliografía, sobre todo en las ediciones de las épocas distintas. En esto me sentí cerca de don Ramón Menéndez Pidal y de sus discípulos, a veces esparcidos por muchos lugares y hasta enfrentados. Seguí con atención la polémica entre Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, pues ambos formaban parte de mi patrimonio cultural. De Castro me sugestionó el modo en que planteó el problema social y sus consecuencias humanas, en particular las literarias. En 1958 Francisco Márquez Villanueva hizo conmigo en Sevilla la tesis doctoral sobre Álvarez Gato, una figura característica del converso, y su camino fue muy creador.

También quiero mencionar aquí una técnica de estudio muy propia de mediados del siglo XX, la del comparatismo, por la gran variedad en sus estudios: de las relaciones y de las consideraciones del género, de las diferentes clases de grupos literarios, etc. Werner Paul Friederich también estuvo en Sevilla, y entablé una buena amistad con él. Me insistió en que se debían fomentar en España los estudios comparatistas, porque sería un buen medio para establecer puntos de vista en la apreciación de diversas materias, aportando sus trabajos extranjeros y españoles. Con este motivo hice mi primera visita a los Estados Unidos, y asistí a la reunión de Chapel Hill, con cuya Universidad quedé relacionado.

TOMÁS MORO Y LA UTOPIÍA

Un tanto casualmente entré en el campo de estudios sobre Tomás Moro y el tema de la Utopía. Bataillon me animó a seguir adelante sobre unas notillas que le mostré. Él, que tan a fondo conocía el Humanismo español, me dijo que había que seguir el curso de las relaciones que hubiera entre la Utopía y Tomás Moro, como él había hecho con Erasmo y sus temas favoritos. Claro que esto era un arroyo comparado con el gran río erasmiano, pero estaba allí, entreoculto, y creo que merecía atención. Así fue como en 1949 traté, en un artículo, de las fuentes históricas del *Tomás Moro* de Fernando de Herrera, y otro artículo extenso sobre esta obra del sevillano apareció el año siguiente. Ya en 1966 analicé otra vez las noticias españolas del proceso y muerte del mismo autor; luego, en 1967, publi-

qué otro trabajo acerca de Quevedo y la *Utopía*. Los dos asuntos, el de la *Utopía* y Moro, bien por su relación con la Edad Media o bien con América, los estudié varias veces más. Fue, por tanto, un asunto que iba ampliando, pieza tras pieza; de hecho, era y sigue siendo uno de mis favoritos.

TERTULIAS EN MADRID, MIENTRAS PROSEGUÍA MIS TRABAJOS

Por otra parte, no todo estaba en los libros, sino que también las relaciones con los amigos y compañeros me sugerían cuestiones que merecían mi atención. Las visitas a Madrid desde Sevilla eran ocasión de tratar y renovar los asuntos; a ese respecto, había lugares especialmente propicios. Uno de ellos era el café Lyon, en la calle Alcalá, frente a la fachada lateral del edificio de Correos, donde don Antonio Rodríguez-Moñino ejercía su “cátedra” libre y abierta. Allí, siempre que los “provincianos” de Sevilla o de cualquier otra ciudad universitaria teníamos ocasión de ir por Madrid, sabíamos que, a la hora del café, de tres a cinco, encontrábamos a don Antonio, al padre José López de Toro, a don José María de Cossío y a otros más, junto a los profesores españoles y extranjeros que estaban de paso por Madrid.

En la tertulia del café Lyon se hablaba de todo, y en gran parte, de literatura. Tratábamos de textos antiguos y modernos, de libros aún no acabados, de estudios recién terminados. Allí aprendí mucho, y conocí a un gran número de compañeros, eruditos y gente de letras. Antes, en mis tiempos de estudiante, había sido contertulio ocasional del café Gijón, con Joaquín González Muela y otros más, al filo mismo de la creación literaria, hablando con los escritores que allí acudían. El café cumplió en aquellos años una función importante, y fue un lugar de comunicación entre los que nos ocupábamos de las cuestiones literarias, especialmente de erudición. Colaboré con Antonio Pérez y Gómez; de él, y también de Rodríguez-Moñino, aprendí mucho en este campo. Así la aparentemente monolítica monarquía de las Letras de los Siglos de Oro se convierte en una esfera de luces y colores variados cuando la erudición literaria ofrece su peculiar, y a veces escondido, testimonio.

Enseñar Literatura es sugerir medios a los alumnos para que ellos lean en profundidad. Así los profesores preparamos al estudiante para que llegue a ser un lector excepcional (o sea, por encima del rasero del común de los lectores), para que pueda leer una obra gozando de ella, y, al mismo tiempo, percibiendo su composición, la relación con otras del mismo género, los influjos que presenta en la historia general del hecho literario, etc. Esto es sólo una propuesta de fines, que a veces resultan inalcanzables, pues a menudo sólo se logra un poco de tan amplio propósito.

COMENTARIO DE TEXTOS

En la década de los cincuenta, participé en el gran festival de la Estilística, siguiendo a Dámaso Alonso; de aquella explosión de la personalidad del autor y de la consecuente caracterización de la obra quedó una buena lección. Un profesor de la materia necesitaba valerse, para su labor, de un instinto de selección pedagógica con el que escoger sus datos en el mar sin límites de la literatura española. En este sentido, habíamos de crear lectores que lograsen recuperar en lo posible la comprensión inicial del texto en su época, siendo ellos, cronológicamente, de la nuestra. Para ello me he valido del comentario de textos, y en esto seguía lo que ya había aprendido, en un principio, en 1935, en mis primeros estudios, con José Fernández Montesinos, de aire un tanto agitanado y fluyente. Mi criterio fue luego un eclecticismo matizado (consistente en no cerrarse a un método determinado), en el que ponía, en primer término, la condición y los datos que tenía que comentar y, después, establecía el método conveniente para tratarlos, cuidando de tener en cuenta quién era el autor y su formación, y cuál era la obra que se trataba de comentar, y ver si se podía establecer relación con otras del mismo o de otros autores.

LOS CENTENARIOS Y OTRAS OCASIONES USADAS PARA PLANTEAR UN TEMA

Radicado en Sevilla, al hilo de centenarios y conmemoraciones, me vinieron al encuentro sevillanos ilustres. ¿Que cómo me vinieron a encontrar?

Uno de ellos me era muy conocido porque entonces lo veía (en estatua) casi todos los días, en el Parque de María Luisa, cuando iba desde mi casa a la Universidad para dar las clases: era Gustavo Adolfo Bécquer. De Bécquer, aparte de unos estudios textuales y comentarios, analicé la poética de su obra. Así publiqué *Poética para un poeta. Las "Cartas literarias a una mujer" de Bécquer*, en 1972. Más adelante, en colaboración con mi hija María Teresa, publicamos, en edición escolar, las *Rimas y declaraciones poéticas*, 1986 y 1987.

Y, como era de esperar, también me ocupé de los tres Machados, el padre, Antonio Machado Álvarez, y los dos hijos, Manuel y Antonio. En honor y memoria de Antonio, el hijo, un grupo de jóvenes poetas y otros amigos celebramos, en 1959, un homenaje poético en el palacio de las Dueñas de Sevilla, en el que testimoniamos su condición de gran poeta de España. También en 1975, dediqué, en la Universidad de Salamanca, un estudio a Antonio Machado y Sevilla. Sobre los dos hermanos, Manuel y Antonio, escribí en 1977 el libro *Los "Primitivos" de Manuel y Antonio Machado*.

Los estudios comparatistas se realizan no sólo entre diferentes literaturas, sino también sobre la consideración estética de las diversas bellas artes. Esto es lo que quise realizar entre la pintura y la literatura, en concreto refiriéndome a un pintor

sevillano, Francisco de Zurbarán. En una de mis estancias en los Estados Unidos, tuve ocasión de contemplar a mi gusto uno de sus cuadros, *La Santa Casa de Nazaret*, del Museo de Arte de Cleveland (Ohio). La obra me sorprendió por cuanto encontraba en ella una fuerte tensión de naturaleza literaria. Entonces me dediqué a la consideración del cuadro desde esta perspectiva comparativa, y lo rodeé de textos literarios muy diversos, desde sermones a piezas líricas; en fin, le puse un marco de lecturas que permitía reconstruir el universo de referencias estético-literarias propio de un espectador contemporáneo de Zurbarán. Este orden de cuestiones, lindando con el ensayo, me parece legítimo, y representa una vía de interpretación que enriquece la comprensión de la pintura y, a la vez, extiende la concepción de un determinado estilo de arte (en este caso, el barroco español) hacia la literatura en una época en la que la sociedad vibraba intensamente con sus manifestaciones teatrales, novelísticas y poéticas. Esta fue mi aportación a la conmemoración de Zurbarán y el arte barroco, que se titula: *Pintura y Literatura: una consideración estética de "Santa Casa de Nazaret" de Zurbarán* (1966).

Esta consideración comparatista y cultural también la usé otra vez, con ocasión de otro centenario, para escribir en 1971 un libro sobre Rubén Darío. Y, en este caso, hice la comparación de su obra con el periodo medieval y la titulé: *Rubén Darío y la Edad Media. Una perspectiva poco conocida sobre la vida y la obra del escritor*. Y también me he valido de ella para una exploración de la corriente de los prerrafaelitas europeos en la obra de ambos Machados, con estudios sobre ellos y su relación con Sevilla, a la que me referí antes.

UNA POLÍTICA CULTURAL: FUNDACIÓN DE LA FACULTAD DE FILOLOGÍA EN SEVILLA

Estas actividades resultaban un tanto obras del azar o de una ocasión, pero estaban sostenidas por una política cultural que eran su fundamento. Mi labor en la Universidad de Sevilla fue larga en tiempo y lenta en resultados. Fue como una labranza sostenida a lo largo de las décadas de los años cincuenta y sesenta; trabajé pensando en que otros acabarían beneficiándose de ella. Sabía que idéntica meta se perseguía en otras universidades.

Por fin, y al cabo de los años, conseguimos que en la Universidad sevillana se fundase, en 1962, una Facultad de Filología Moderna. El alumnado fue creciendo en número, y hoy es una realidad efectiva de la cultura sevillana actual.

En 1988, supe que la Universidad de Sevilla había aprobado una propuesta para nombrarme "doctor honoris causa". Confieso que sentí alegría y reconocimiento, y que agradecí mucho el gesto de la institución y sus componentes, muchos de ellos antiguos compañeros míos. Aquí nombro, y de paso homenajeo, a unos

cuantos colegas sevillanos que son mis amigos desde hace tiempo y que han hecho mucho por mí: a Rogelio Reyes Cano, siempre atento al logro de mis buenos deseos sevillanos; a Pedro Piñero Ramírez, tan cuidadoso de la Facultad y de lo que he necesitado en ella; a María de las Mercedes Reyes Peña, para mí, la representación femenina de Sevilla. A todos ellos y a otros muchos, por lo que han sido para mí, les expreso de nuevo mi más cordial afecto.

Consideré complemento necesario establecer, mientras fui Decano, una relación de esta Facultad de Filología con el mayor número posible de universidades españolas y extranjeras. Agradezco a los Directores de los Institutos Francés e Inglés y al de la Casa Americana su colaboración en la organización de conferencias y otros actos. Ayudé a crear la Sociedad Dante Alighieri, que tuvo una próspera vida cultural. Me considero honrado por los títulos de Oficial de la Orden de las Palmas Académicas (1966), Comendador de la Orden al Mérito de la República Italiana (1970), miembro correspondiente (1962), y luego de número (1989), de The Hispanic Society of America. Apoyé y sostuve el lectorado de alemán en la Facultad, que inició el profesor Klaus Wagner, que arraigó en Sevilla y se convirtió en profesor de la misma y activo colaborador.

LOS TEMAS ANDALUCES: LA FRONTERA Y ANTEQUERA

Andalucía como tema de estudio me atrajo por muchos motivos. Uno de ellos fue porque en ella se encontraba la ciudad de Antequera, y cuanto se relacionaba con ella era objeto de mi interés. Ya me referí antes al estudio sobre el romancero y la épica en Antequera, cristiana a partir de 1410. Esto hizo que me plantease el asunto de la frontera no como una separación, sino como un espacio de relaciones entre la España de los cristianos y el dominio de los moros nazaríes.

Fui buen amigo de don Juan de Mata Carriazo, y a través de sus conversaciones y leyendo sus libros y artículos, y relacionándolos con las crónicas medievales, me esforcé por estudiar aquel asunto en el campo literario, no sólo mientras hubo frontera política hasta 1492, sino también después, cuando este asunto fue objeto de trato en la poesía y en la novela de los Siglos de Oro. El centro de mis estudios fue el relato titulado *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, que estimo una de las joyas de la literatura española y que he publicado en diferentes ocasiones (1957, 1959, 1964, 1965, 1993).

Mi relación con Antequera era familiar, pues de allí era mi mujer. En las vacaciones de verano, íbamos allí con nuestros hijos. Esto hizo que me relacionase con los estudiantes y escritores de la ciudad; en ella impulsé la Biblioteca Antequerana, en la que se publicó una pequeña colección de estudios locales, patrocinada por la Caja de Ahorros de aquella ciudad. En Antequera conocí, traté e hice buena amistad con el escritor José Antonio Muñoz Rojas, poeta y prosista de gran calidad, ocupado en

muchos asuntos, pero siempre al tanto del último libro. También dediqué mi atención al Romancero actual de Antequera, que recogí en su mayor parte y que he ido publicando en piezas sueltas, como estudios de carácter folclórico.

En 1987 el Ayuntamiento de Antequera me nombró hijo adoptivo de la ciudad, y su alcalde, don Pedro Rojas de Tapias, me entregó el título, que me honra. Recibí con gratitud este testimonio, que me emparejaba en la filiación con mi mujer, aunque la mía fuese sólo una relación honoraria. Aproveché la ocasión para hacer un juego poético comentando un romance antequerano (“Donde hay damas, hay amores...”) de un recorrido fascinante: los judíos españoles lo llevaron a Marruecos, y una emigrante, a Caracas, en donde lo recogió una profesora canadiense, Oro Anahori-Librowicz, que lo presentó en el Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas de Berlín (1986). Se lo recité a los antequeranos, de cuyo cancionero local había desaparecido, y lo reincorporé a su tradición. Parecía un reencuentro poético, y se convertía en un signo del Romancero que reaparecía otra vez en el Cancionero de la ciudad.

EUROPA Y AMÉRICA

En Sevilla entendí que lo más perentorio era abrir el camino que nos condujese a integrarnos en la unidad cultural superior que nos acogía, la europea. Y esa fue la lenta labor de mi generación, desde dentro y desde fuera: recobrar el pulso histórico de la ciudad en la unidad europea tan diversa. Había que abrir primero las relaciones personales, y luego otras, las profesionales, en mi caso las universitarias, y cuantas fuese posible. Cuando España entró en la Comunidad Europea, se había logrado uno de los fines de nuestro cometido, pues habíamos sobrepasado las dificultades. Pienso que nuestros hijos y nietos son afortunados, al comparar lo que les rodea con lo que nosotros tuvimos alrededor. Los que hemos vivido la exaltación sangrienta de la Guerra Civil y las décadas posteriores, decimos a los que viven en la democracia de la Monarquía de don Juan Carlos que cuentan con una base sobre la que apoyar los pies y levantar la cabeza con dignidad y disponer de una perspectiva de futuro dentro de Europa.

Otro objetivo de alguien que ha residido en Sevilla y ha viajado por muchas partes es el conocimiento de América. No pude vivir algún tiempo en la América española hasta los últimos años de mi vida profesional. La lejanía geográfica suponía altos gastos en los desplazamientos, lo que al final impedía dar ese salto trasatlántico; por añadidura, los presupuestos de las naciones americanas para las relaciones culturales eran cortos. Con todo, estuve en la Argentina, y fue ocasión de sentirme en un orden de vida con el que tenía mucho en común; al mismo tiempo, no obstante, se percibe algo ajeno que nos aletea cerca. No sé cómo llamar a esta confusión, pero me parece que le cae bien el nombre de Hispanidad,

dando a esta palabra cierto sentido amplio: para mí el *Poema del Cid* es tan propio de un español como de cualquier otro hispanohablante perteneciente a una nación americana. Contando con la base indígena de los diferentes países americanos y con las diferentes poblaciones españolas que se unieron a ella, se ha formado una comunidad compleja a la que cabe aplicar el concepto cultural de la Hispanidad, en un sentido amplio y absorbente.

He aquí algunos ejemplos. Así el *Quijote*, que puede ser considerado como perteneciente, desde sus orígenes, a la realidad vivida por los españoles en América. En 1607 ya se paseaba el disfraz de un Quijote en las fiestas de Parinacocha, en el corregimiento del Cuzco. Y yo mismo registraba, cuando publiqué las *Fiestas de Lima* de Rodrigo de Carvajal y Robles (Lima, 1632), la presencia de un Quijote atolondrado en una fiesta de toros de Lima. Si aparecía en una representación que se improvisó entre el pueblo complejo de españoles procedentes de España, o nacidos ya en América, criollos e indios, puede ser considerado como perteneciente a una unidad de cultura, por más compleja que sea.

Y en la literatura hispanoamericana moderna puede aplicarse el mismo criterio: Palma, Sarmiento, Hernández, Rubén Darío, Ibarbouru, Rómulo Gallegos y muchos más escritores, hasta los contemporáneos, son autores que forman un entorno que comprende también a los mismos españoles, si es que no se usa un criterio filológico que separe por naciones o grupos lingüísticos determinados. En una ocasión publiqué precisamente las cartas cruzadas entre parientes de una misma familia, unos ya radicados en América hacía sólo una generación en el siglo XVII; las diferencias comenzaban a hacerse patentes entonces, y eran una realidad con la que hay que contar también para una justa apreciación del hecho histórico de la lengua.

Objeto predilecto de mis estudios americanos fue el Perú virreinal, sobre todo en relación con el poeta Rodrigo de Carvajal y Robles, nacido en Antequera en 1583, que marchó pronto, en su juventud, al Virreinato del Perú y allí murió. Trataba de conocer lo que había sido el trasplante desde Andalucía a América de un caballero que, como escritor, nos había dejado el testimonio de sus obras. No era un autor de primer orden, pero sí relativamente apreciable y, además, tenía una conciencia clara de su posición social. Así fue como me adentré en la literatura virreinal, un tanto olvidada, salvo las grandes figuras, por los españoles, porque el número de autores de la Península es muy numeroso, y por los otros, los americanos, por la tendencia de algunos a comenzar sus historias literarias desde la Independencia de cada nación. Por esta dedicación al Perú, comencé otro de los filones de mi investigación. En 1950 publiqué *Las Fiestas de Lima por el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos* (Lima, 1632), del mismo Carvajal y Robles. Me fascinó esta relación, en verso y tan viva, de las fiestas virreinales, un orden de libros apenas estudiado. Seguí trabajando con ellos.

También tuve en cuenta en mis trabajos a la otra parte de América, a la del

Norte, de habla inglesa y francesa. Conozco relativamente bien los Estados Unidos y el Canadá, y estuve en algunas de sus universidades para explicar cursos y dar conferencias: en las de Michigan-Ann Arbor, Ohio-Cleveland, Wisconsin-Madison, CUNY, Ottawa, North Carolina-Chapel Hill e Illinois-Urbana-Champaign. También pude aprovechar los beneficios de la buena organización de sus bibliotecas. El estudio sobre los periodos más diversos de la lengua, literatura y cultura españolas en Estados Unidos no ha dejado de estar en auge (aun tras la acometida pretendidamente excluyente de los estudios de literatura hispanoamericana o, más a su gusto, latinoamericana), si bien es verdad que los estudiantes muestran predilección por la época actual. Hay en Madison un buen centro de investigación sobre el periodo medieval español, cimentado sobre la lejana labor de Antonio García Solalinde y la posterior presencia de Lloyd Kasten, John Nitti y Brian Dutton. Las relaciones españolas y americanas son hoy en día mucho más fáciles que en los primeros tiempos, y son numerosas las revistas que se ocupan de la cultura española, con atención especial a asuntos lingüísticos y literarios.

EL HISPANISMO COMO REALIDAD CULTURAL

La literatura española se estudia debido a la iniciativa de un gran número de eruditos de diversa procedencia. En su historia se relacionaron corrientes culturales muy diversas (europea, árabe y judía), con un gran número de matices. Con la concepción del Hispanismo, se fundó una organización de origen inglés, en 1962. En la Universidad de Sheffield se celebró la convocatoria. El profesor Frank Pierce fue el presidente de la comisión preparatoria, y con diplomacia británica puso de acuerdo los diversos pareceres de los asistentes, de manera que la organización se convirtió en una realidad. Se otorgó la presidencia de honor a Menéndez Pidal, y nació una Asociación perdurable, que cada tres años celebra una reunión. Y así hubo sesiones, después de la de Oxford, en Nimega, México, Salamanca, Burdeos, Toronto, Roma, Providence (Rhode Island), Berlín, Barcelona, etc. Asistí a bastantes congresos, y ayudé a sus propósitos en lo que pude. Lamento ahora no poder acudir a sus reuniones por mi edad. Creo que es la más universal de las asociaciones, y un instrumento vivo de nuestra cultura. En las Actas de la Asociación se reúnen, desde 1962, las distintas corrientes de la crítica en el estudio de la literatura española e hispanoamericana; en conjunto, constituyen un instrumento cultural de primer orden por la variedad de trabajos que contienen.

LA RETIRADA

Llegó un momento en que inicié la retirada de los estudios y de mi función de profesor. Por otra parte, mis hijos ya llevaban mucho tiempo casados y habían

formado sus familias. Mi mujer, la compañera de mi vida, cayó enferma de Alzheimer en un proceso que duró varios años. Poco a poco, fue perdiendo la memoria, y con ella la conciencia de sí misma. La tuve siempre conmigo, a mi lado, hasta que murió en Valencia el 19 de julio de 2004. Sus cenizas reposan en el convento de San José de las Carmelitas Descalzas de Antequera.

Quedé solo, sin ella, y mis hijos, esparcidos: Paco, en el Brasil; Gustavo, en Sevilla; Juan, en Archidona (Málaga); y María Teresa, en la provincia de Valencia. Como he querido continuar viviendo en Madrid, he mantenido la compañía familiar que nos vino de la América del Sur. Y lo digo porque les ha ocurrido otro tanto a algunos de mis amigos y compañeros que se han encontrado en la misma situación. Las ecuatorianas (y de otras repúblicas del Sur de ese continente) se han incorporado a nuestras familias, cuidan a nuestros enfermos, y nos hacen compañía, y en la vejez, nos ayudan a sobrevivir. Es un movimiento social que los españoles de edad avanzada hemos conocido como una experiencia nueva en los tiempos actuales.

Sigo escribiendo mis libros y artículos, más despacio y según mis posibilidades de redacción. De esta manera continué mi labor, y otros, más jóvenes, que también fueron mis discípulos y compañeros en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, como los profesores Javier Huerta Calvo y Ángel Gómez Moreno, siguen apoyándome con su ayuda y su compañía; con ambas, y con su amistad, continué trabajando en lo que me es posible.

FINAL

Mirando hacia atrás, creo que la variedad de mi obra no es tan dispersa como parece. Aquí he querido mostrar su diversidad, en lo que cabe. Sus raíces forman parte de una labor de filólogo en una época de transición como fue la mía, una especie de puente desde la década de los treinta hasta el fin de siglo. Ya se vio que la nuestra fue una época de frustraciones y rehabilitaciones sucesivas. En el caso mío, de agrónomo que no entró en la Escuela a profesor de literatura, de escritor en ciernes a crítico e investigador de esas mismas Letras y su historia. Me siento justificado en lo que he hecho, si fui un tanto inquieto. Soy hasta cierto punto comparable a un clérigo medieval. Me sentí más clérigo que juglar, pero un clérigo rodeado de mujeres que hicieron posible la labor que acabo de relatar.

En primer lugar, María Teresa, mi mujer, que además de formar conmigo una familia, me solventó siempre los mil asuntos propios de la vida cotidiana. Educó a nuestros hijos en las largas temporadas en que yo impartía cursos semestrales en el extranjero, y me acompañó, siempre que pudo, en mi peregrinar, pues llegó conmigo, sin perturbarse, incluso hasta Samarcanda, en el Asia Menor. Alegre y sociable, simpática y charlatana en varios idiomas, acaso para compensar los

largos silencios de mis escrituras, se granjeaba siempre la estima de las personas que íbamos conociendo. Su cálida humanidad impregnó nuestras vidas, y su presencia era, para mí, motivo de permanente alegría, una especie de fuente inagotable de ánimo que me permitía proseguir tarea.

Y también recuerdo a mi hermana María, que me ayudó a ordenar mis libros y a pasar a máquina los textos de mis obras, cuando no había otros medios de preparar los libros para la imprenta. Y también he de citar a mi hija María Teresa, que nos ha acompañado, a mi mujer y a mí, durante tanto tiempo, y nos ha hecho sentir su cordial presencia siempre que la hemos necesitado, que ha sido muchas veces. Ella me corrige con frecuencia ahora, en que, por los años, me siento torpe en la expresión; y me sirve de puente para estar al tanto de lo que pasa hoy en la enseñanza. Y también sobre lo que ocurre en el mundo, que tan cambiado está con respecto al de mi tiempo; por ello, son muchas las ocasiones en que, con sus explicaciones, me ayuda a entenderlo.

En estas condiciones, puedo evocar aquí, como decía antes, al clérigo medieval, el mismo personaje que estuvo en el origen de nuestras universidades, herederas directas de una vieja institución que aún sobrevive en beneficio de todos. Me honro en haber sido un miembro más de ella, a la medida del tiempo en que me tocó vivir.

